

Lisboa vista desde una quinta abandonada

Las amapolas tiemblan, se estrujan en el río,
en su luz de níquel, de centavo.
En ellas hay algo narcótico,
fluvial. Un soplo de viento frío
las zarandea. Mí espíritu
es una alberca abandonada, flotan
pétalos de ciruela, hojas, ramas.
Todo se oxida, todo
se transforma en este campo de amapolas
silvestres. Sólo quedan
las cosas: las vías, los navíos intactos,
la intemperie, el rompeolas.
Todo tiene distancia, cálculo,
todo exalta la vista.
Mis ideas huyen atropelladamente.
Son nubes rápidas. Mi espíritu está
sin objeto. Tiembla como una amapola.
Mis preguntas siempre estarán
allí, como las rocas
en este paisaje. Preguntas sin
sentido. O cuyo sentido son
ellas mismas. Las respuestas

son quebradizas, destinadas
al fracaso: mujeres que arrojan,
lejos de sí, los zapatos,
para bailar sobre la alfombra.
En una calle de mis sentimientos
los álamos cintilan, verdes y blancos.
Hay en mí un mareo de adoquines,
una ebriedad urbana.
Mis ideas son una calle de jacarandas,
la sombra de las lilas sobre los adoquines
de Lisboa, jardines
que ya en mi infancia eran viejos:
alcatraces y rosas bajo las palmeras,
hiedra. Tranvías
discretos. En los cafés silba
un viento de acantilado. Sólo
se conoce una ciudad
cuando se orina en sus muros.
Lisboa danza como Oriente, tiembla
como Occidente. Tiene una luz
de flor de jacaranda caída
sobre adoquines blancos. ◇